

bre que, envuelto en una bufanda, rondaba abajo, frente á la sombra de los álamos. . . En ese hombre imaginó reconocer los poderosos hombros y el andar bovino de *Titó*. Curioso, se acercó á la ventana. Pero el bulto bajó por la carretera, perdiéndose entre los árboles que rodean el casal de Miranda.



IV

EL palacete de los Barrolos en Oliveira (conocido desde comienzos de siglo por la «Casa de los *Cuñaes*») levantaba su hidalga fachada de doce balcones en el paseo del Rey, entre una solitaria callejuela que conduce al cuartel y la calle de las Tecedeiras, mal empedrada y tortuosa, oprimida por la tapia del jardín y por el muro desconchado de la antigua tapia de las Mónicas. Esa mañana, al desembocar Gonzalo, que iba en el coche de la Torre, en el paseo del Rey, subía por la de las Tecedeiras, doblando la esquina de los Cuñaes, en un caballo negro de abundantes crines, que hería las piedras con soberbia y garbo, el gobernador civil, el Andrés Cavalleiro, de corbata blanca y sombrero de paja. Sorprendiólo el hidalgo desde el fondo del coche, levantando los pestañudos ojos negros hacia los balcones de hierro del palacete. Pegóse un puñetazo en las rodillas, rugiendo sordamente: «¡Qué villano!» Al apearse en el portón, un

portón bajo, como agobiado por el inmenso escudo de armas de los Sás, tan sofocada indignación le poseía, que no reparó en las efusiones del portero, el viejo Joaquín de la Puerta, y olvidó dentro del coche los presentes que para Graciña traía, la caja con el antuca y un cesto de flores de la Torre, cubierto de papel de seda. Después, arriba, en la antesala donde José Barrolo acudió al sentir en las piedras del paseo silencioso el estrépito del coche, desahogó arrebatadamente su indignación:

— Señores, ¡que no pueda venir á la ciudad sin encontrar á este animal de Cavalleiro! ¡Y siempre frente á esta casa! ¡Es suerte! ¡Ese bigotazos no tendrá otro sitio por donde caracolear con su penco!

José Barrolo, un mozo gordo, de cabello rubio y crespo, con una faz más redonda y colorada que una manzana, rectificó ingenuamente:

— ¿Penco?... Ahora tiene un caballo magnífico. Un caballo magnífico que compró á Marges.

— Pues bien; es un burro feo encima de un caballo bonito. Que queden ambos en la caballeriza. O que vayan á pastar á la dehesa.

Barrolo abrió la boca, larga y fresca, de soberbios dientes, en un lento pasmo, y de repente, dando una patada en el suelo, rompió en una risotada que lo sofocaba y le hinchaba las venas.

— ¡Esa es tremenda! No; esa es para contada en el club... Un burro feo encima de un caballo

bonito, y que ambos vayan á pastar. Tú vienes hoy estupendo, rapaz. Ambos á pastar, con los hocicos en la hierba, el gobernador civil y el caballo... ¡Es tremenda!

— Bien, hombre, bien. Trae esos huesos ó esos untos. ¿Cómo va la familia? ¿Graciña?

Era ella, con su ligereza airosa de chiquilla, los magníficos cabellos sueltos sobre un peinador de encaje, corriendo alborozada hacia el hermano, que la abrazó y besó muy efusivamente. É inmediatamente, retrocediendo, díjola que estaba más bonita y más gruesa.

— Positivamente estás más gruesa, hasta más alta. ¿Es sobrino? ¿No? ¿Nada por ahora?

Graciña respondió con aquella su lánguida sonrisa, que más le humedecía y le enternecía la dulzura de sus ojos verdes.

— ¡Ella no quiere, ella no quiere! — gritaba José Barrolo con las manos en los bolsos de la bata, que le diseñaba las ancas rollizas —. La culpa no es del patrón. Es ella la que no se decide.

El hidalgo de la Torre reprendió á la hermana:

— Pues es necesario un chiquillo. Yo por mi parte no me caso, nada puedo hacer por la descendencia, y de esta hecha allá se van Barrolos y Ramires. La extinción de los Barrolos es una limpieza. Pero acabados los Ramires, acaba Portugal. Por tanto, señora doña Gracia Ramires, de

prisa, en nombre de la nación, un mayorazgo. Un mayorazgo muy gordo, que pretendo que se llame Tructesindo.

Barrolo protestó aterrado:

— ¿El qué? ¿Tuertesindo? No; para tal suerte no lo fabrico yo.

Graciña detuvo aquellos gracejos picantes, deseosa de saber de la Torre, de Benito, de Rosa la cocinera, de la huerta y de los pavos. Barrolo lió un cigarro y reclamó la historia de Rello. También él tuvo una pelea con el rentero de *Ribeiriña* por una corta de pinos. Eso de Rello creo que fué tremendo.

Y Gonzalo, enterrado en el hondo canapé azul, desabotonando perezosamente la chaqueta, exclamó:

— No; fué muy sencillo. Hace ya meses que ese Rello andaba siempre borracho. . . Una noche gritó, amenazó á Rosa, agarró una escopeta. . . Yo bajé, y en un instante la Torre quedó limpia de Rellos y de barullos.

— Creo que fué el regidor con los alguaciles. Gonzalo sacudió los hombros impaciente.

— El regidor vino después para legalizar. Ya el hombre se había marchado corrido. Y como resultado arrendé la Torre á Pereira, al Pereira de la Riosa.

Contó ese negocio excelente, tratado en la solana, al almorzar, entre dos copas de vino verde. Barrolo admiró la renta y elogió al rentero.

Así Gonzalo descubriera otro Pereira para la quinta de Treixedo, tierra tan generosa y tan mal tratada.

En una esquina del canapé, cubierta por los magníficos cabellos que había limpiado esta mañana, y que olían á alecrín, Graciña contemplaba al hermano con ternura:

— Y del estómago, ¿andas mejor? ¿Continúan las cenas con *Titó*?

— ¡Oh, ese animal! — exclamó Gonzalo —. Hace días prometíome comer en la Torre; había asado Rosa un cabrito maravilloso. . . Después creo que tuvo una orgía infame. Él viene esta semana á Oliveira. . . ¿Ustedes sabían de la intimidad de *Titó* con Sanches Lucena?

Historió entonces con exageración alegre el encuentro de *Bica-Santa*, el horror que le causó á doña Ana el descubrimiento inesperado de esa familiaridad de *Titó* en la *Feitosa*.

Barrolo recordó que, una tarde antes de San Juan, había visto á *Titó* delante del portón de la *Feitosa*, paseando por la carretera con un perrillo blanco en el regazo.

— Lo que yo no comprendo, chico, es tu «horror» por doña Ana. ¡Caramba, es una mujer soberbial! Con un movimiento de caderas, unas miradas y unos senos. . .

— ¡Calle, esa boca impura! — gritó Gonzalo —. ¡Aquí, al lado de tu mujer, que es la flor de las gracias, osas loar semejante montón de carne!

Graciña, riendo, sin celos, comprendía «la admiración de José». Realmente, Ana Lucena es una mujer vistosa, bella. . .

— Sí — concedió Gonzalo —, bella como una bella yegua. . . Pero aquella voz gorda, papuda, los impertinentes, los modos. . . Y «el caballero puede fumar, el caballero está engañado». . . ¡Oh, señores, pavorosal!

Barrolo, que paseaba delante del sofá con las manos en los bolsos:

— Uvas verdes, señor don Gonzalo, uvas verdes.

El hidalgo miró á su cuñado con ojos feroces.

— Ni que se me ofreciese de rodillas en camisa, con los doscientos mil duros de Sanches en una bandeja de oro.

Sonriendo, roja como una peonía, con un «¡oh!» de escándalo, Graciña batió en el hombro de Gonzalo, que la abrazó alegremente.

— ¡Venga acá ese carrillo para darte otro beso purificador! Con efecto, sólo pensar en doña Ana arrastra á las gentes á imágenes brutales. . . ¿Decías antes del estómago? Sí, hija, convalecido. Y hace días más pesado, desde el tal cabrito en compañía del subperbebedor Manuel Duarte. . . ¿Tienes agua de Vidago? . . . Entonces, Barroliño, sé angélico. Manda traer una botella bien fresca. Y mira, pregunta si subieron una cesta y una caja que yo dejé en el coche. Que la pongan en mi cuarto, y no la descubras,

que es sorpresa. Escucha. Que me lleven agua bien caliente. Necesito mudar toda la ropa. ¡Había una polvareda por ese camino!

Y cuando Barrolo marchó á cumplir estos encargos, Gonzalo, restregando las manos, dijo:

— Pues están ustedes espléndidos, y en la armonía que conviene. Tú, positivamente, más fuerte, más llena. Hasta pensé que fuese sobrino. Y Barrolo más delgado, más leve. . .

— ¡Oh!, ahora José pasea mucho á caballo; ya no se adormece tanto después de comer. . .

— ¿Y la otra familia? ¿La tía Arminda y los Mendoza? ¿Bien? ¿Y el Padre Sueiro?

— Tuvo un ataque de reumatismo muy ligero. Ahora bien, siempre en el Palacio del Obispo, en la Biblioteca. . . Parece que se entretiene en hacer un libro sobre los Obispos.

— Sí, ya sé; la historia de la Sede de Oliveira. Pues yo también he trabajado mucho, Graciña. Estoy escribiendo una novela.

— ¡Ah!

— Una novela corta para los *Anales de Literatura y de Historia*; una revista que fundó un joven amigo mío, Castañeiro. . . Es sobre un hecho histórico de nuestra gente. . . Sobre un abuelo nuestro muy antiguo, Tructesindo.

— Tiene gracia; ¿qué hizo?

— Horrores; pero es pintoresco. . . Y después el Palacio de Santa Ireneia en el siglo XII, en todo su esplendor. En fin, una hermosa reconstruc-

ción del viejo Portugal, y, sobre todo, de los viejos Ramires. Ha de gustar. No hay amores, todo son guerras. Apenas muy remotamente, una de nuestras antepasadas, una doña Menda, que yo no sé si realmente existió. Tiene su *chic*, ¿eh? Y, ¿tú comprendes?, como yo deseo meterme en política, necesito primeramente hacer sonar mi nombre...

Graciña sonreía dulcemente en el acostumbrado éxtasis mirando al hermano.

— Y ahora, ¿tienes alguna idea? La tía Arminda continúa siempre con el tema de que debías entrar en la diplomacia. Todavía hace días... «Gonzaliño, tan galante como es y con aquel nombre, haría un buen papel en una gran Embajada.»

Gonzalo se levantó lentamente del vasto canapé, abotonando la chaqueta.

— Con efecto; ando con una idea hace días. Tal vez me viniese de una novela inglesa muy interesante, y que te recomiendo, sobre las antiguas minas de Ofir, *King Salomon's Mines*. Audo con ideas de ir á África.

— ¿África?

El criado entró con dos botellas de agua de Vidago en una bandeja. Precipitadamente, para aprovechar el «picorcillo», Gonzalo llenó una copa enorme de cristal labrado. ¡Oh, qué delicia de agua! Y como Barrolo volvía anunciando que había cumplido las órdenes de su excelencia:

— Bien. Entonces luego conversamos al almuerzo, Graciña. Ahora me voy á lavar, á mudar de ropa, que no paro con esta porquería infame.

Barrolo acompañó á su cuñado al cuarto, uno de los más espaciosos y alegres del palacete, forrado de color canario, con un balcón al jardín y dos ventanas de antepecho sobre la calle de las Tecedeiras y los viejos árboles del convento de las Mónicas. Gonzalo, impaciente, quitóse la ropa.

— Pues tú estás espléndido, Barrolo. Debes haber perdido tres ó cuatro kilos. Son, naturalmente, los kilos que Graciña ganó. Si se equilibran ustedes así, quedan perfectos.

— Realmente, parece que adelgacé. Hasta lo siento en los pantatones.

Gonzalo abrió el cajón de la rica cómoda de herrajes dorados, donde conservaba siempre ropa — hasta dos trajes — para evitar el transporte de maletas entre la Torre y los Cuñaes. Y aconsejaba al buen Barrolo «adelgazar» sin descanso para belleza de la futura raza barrólica; cuando abajo, en la silenciosa calle de las Tecedeiras, las patas de un caballo de lujo hirieron las piedras con lenta cadencia.

Desconfiado Gonzalo, corrió á la ventana con la camisa que desdoblaba. Y era él. Era el Andrés Cavalleiro, que descendía, tirando de la rienda para escarbar con garbo y con fragor la rampa mal empedrada. Gonzalo volvió hacia Barrolo la faz llameante de furor.

— Esto es una provocación. Si este descaro de Cavalleiro pasa otra vez en la maldita yegua por debajo de las ventanas, le echo un cubo de agua sucia.

Barrolo, inquieto, arguyó:

— Va á casa de las Louzadas. Es ahora muy íntimo de las Louzadas. Siempre lo veo por aquí. . . Y es por las Louzadas.

— Que sea por el infierno. ¿No hay en toda la ciudad otro camino para casa de las Louzadas? ¡Dos veces en media hora! ¡Gran insolente! Lleva un baño de agua de jabón por la greña y por los bigotazos, tan cierto como soy Ramires, hijo de mi padre Ramires.

Barrolo pellizcábase la piel del cuello consternado por aquellos rencores ruidosos que venían á quebrantar su sosiego. Ya por imposición de Gonzalo rompió con Cavalleiro, y ahora entreveía una bulla, un escándalo, que lo indispondría con los amigos de Cavalleiro, que le vedaría ir al club y gozar de las dulzuras de la Arca da, y le tornaría á Oliveira, más triste que su quinta de *Ribeiriña* ó de la *Murtosa*, detestables y antipáticas soledades. No se contuvo y adelantó el acostumbrado reparo:

— ¡Gonzaliño, mira que todas estas cosas por causa de la política!

Gonzalo casi rompió el jarro en la furia con que lo posó sobre el mármol del lavabo.

— ¡Política! ¡Vienes todavía con la política!

Por política no se tira agua sucia á los gobernadores civiles. Él no es político, es sólo un mamaracho. Además de eso. . .

Pero terminó por encoger los hombros, enmudeciendo delante de los carrillos pasmados de Barrolo, que en aquel rondar de Cavalleiro por los Cuñaes, sólo notaba el «lindo caballo» ó el «camino más corto para las Louzadas».

— Bien — resumió —. Ahora lárgate, que me quiero vestir. De ese bigotazos me encargo yo.

— Entonces, hasta luego. Pero si pasa, nada de barbarizar.

— Le haré justicia con un cubo.

Y batió con la puerta las costillas resignadas del buen Barrolo, que por el corredor, suspirando, lamentaba el genio de Gonzaliño y las cóleras desproporcionadas á que lo lanzaba «la política».

Mientras se enjabonaba con vehemencia y se vestía con una prisa airada, Gonzalo rumió aquel intolerable escándalo. Fatalmente, apenas se apeaba en Oliveira, encontraba al hombre de la meleña caracoleando por delante de los balcones del palacete, en la yegua de largas crines; y lo que le desconsolaba era percibir en el corazón de Graciña, pobre corazón, melancólico y sin fortaleza, una raíz de ternura por Cavalleiro, bien enterrada, pero aún vivaz y fácil de florecer. . ., y ningún otro sentimiento fuerte que la defendiese en aquella ociosidad de Oliveira, ni superioridad

del marido, ni encanto del hijo en el regazo. Sólo el orgullo la amparaba, cierto respeto religioso por el nombre de los Ramires, el miedo á la tierra pequeña, cuchicheadora, calumniadora. Su salvación sería el abandono de la ciudad, el encerrado retiro en una de las quintas de Barrolo, la *Ribeiriña*, y sobre todo la *Murtosa*, con los musgosos muros de convento y la aldea en derredor, para poder actuar de castellana benéfica. ¡Pero qué!, Barrolo nunca consentiría en perder su voltereta en el club, la tertulia en la «Tabaquería Elegante» y las chocarrerías del comandante Ribas.

Ahogado por el calor y por las emociones, Gonzalo abrió el balcón. Abajo, en la terraza, Graciña, con los cabellos aún sueltos por cima del peinador, conversaba con otra señora muy alta, muy flaca, de sombrero adornado con pájaros, que aseguraba entre los brazos un repolludo manojo de rosas.

Era la «prima» María Mendoza, mujer de José Mendoza, condiscípulo de Barrolo en Amarante, capitán ahora del regimiento de Caballería que guarnecía á Oliveira. Hija de un cierto don Antonio, señor (hoy vizconde) de los Pazos de Severim, devorada por la preocupación de parentescos hidalgos, de orígenes hidalgos, ligaba siempre subterráneamente el vago solar de Severim á todas las casas nobles de Portugal, sobre todo y más golosamente á la gran casa de los Ramires; y desde que el regimiento se acuarteló en

Oliveira, trataba á Graciña por «tú» y á Gonzalo por «primo», con la intimidad especial que conviene á las sangres superiores. Mantenía asimismo amistades muy seguidas y activas con brasileñas ricas de Oliveira, hasta con la viuda de Piño, dueña de una tienda de paños, que, según se murmuraba, la proveía de pantalones y blusas para los dos hijos aún pequeños. Convivía también, y muy íntimamente, ya en la ciudad, ya en la *Feitosa*, con doña Ana Lucena.

Gonzalo gustaba de su gracia, de su agudeza, de la vivacidad maliciosa que la agitaba en una linda crepitación de sarmiento ardiendo con alegría, y cuando al rumor de la ventana levantó ella los ojos, brillantes y alegruelos, fué para ambos una sorpresa cariñosa.

— ¡Prima María! ¡Qué felicidad; en seguida que llego y que abro la ventana! . . .

— Y para mí, primo Gonzalo, que no le veía desde su vuelta de Lisboa. . . Está más lindo así con bigote.

— Dicen que estoy lindísimo, absolutamente irresistible. Hasta aconsejo á la prima María que no se acerque mucho á mí para no incendiarse.

Ella dejó caer desoladamente de los brazos su pesado manojo de rosas.

— ¡Hay, Jesús, entonces estoy perdida, porque acabo de prometer á la prima Gracia que comería aquí esta tarde! Graciña, pon un biombo entre los dos.

Gonzalo gritó, entusiasmado ya por los chistes de la prima María.

— No. Me pondré yo una pantalla por la cabeza para atenuar mi brillo... Y el maridito y los pequeños, ¿cómo van?

— Viviendo con algún pan y mucha gracia de Dios. Entonces, hasta luego, primo Gonzalo. Y sea misericordioso.

Aún reía él encantado, cuando la prima María, después de dar á Graciña dos apretados besos, desapareció por la puerta vidriera de la sala. Graciña subió lentamente los tres escalones de mármol del jardín. Desde el balcón todavía avistó Gonzalo, á través del leve ramaje, el peinador blanco y los largos cabellos caídos, reluciendo al sol como una cascada de azabache. Después, el negro brillo y los claros encajes desaparecieron bajo los laureles de la calle que conducía al mirador.

Pero Gonzalo no se separó de la ventana, limando lentamente las uñas, espiando por las cortinas en una desconfianza, casi en un terror, de que Cavalleiro surgiese de nuevo, ahora que Graciña iba hacia el mirador, construcción del siglo XVIII, imitando un templo de amor, que dominaba la calle de las Tecedeiras. Pero la calzada permanecía silenciosa bajo las sombras del arbolado del palacete y del convento. Por fin, avergonzado del espionaje, bajó seguro de que la hermana no se mostraría á Cavalleiro en el mirador.

Y cerraba la puerta, cuando se encontró delante de los brazos del Padre Sueiro, que lo abrazaba con respetuoso afecto.

— ¡Oh, mi ingratisimo Padre Sueiro! — exclamaba Gonzalo golpeando tiernamente las costillas del capellán —. ¡Más de un mes sin aparecer por la Torre! Ahora, para el señor Padre Sueiro, ya no hay Gonzaliño; hay sólo Graciña.

Enternecido, con una lágrima en los mansos ojos menudos, que más negreaban entre la fresca rósea de la faz rolliza y la cabeza blanca como algodón, el Padre Sueiro sonreía, cerrando las manos sobre el pecho de la sotana de alpaca, de donde salía la punta de un pañuelo de cuardros encarnados. No le faltaba ciertamente el deseo de ir á la Torre. Pero aquel trabajo en la Biblioteca del Palacio Episcopal... Después su reumatismo... En fin, la señora doña Gracia esperando siempre á su excelencia todos los días.

— Bien, bien — dijo alegremente Gonzalo —; con tal de que el corazón no se olvide de la Torre.

— ¡Ah, ese! — murmuró el Padre Sueiro con conmovida gravedad.

Y por el corredor de paredes azules, adornadas con grabados en colores de las batallas de Napoleón, Gonzalo resumió las novedades de la Torre.

— Como el Padre Sueiro sabe, reventó aquel escándalo de Rello. Y muy bien, porque llevé á

cabo un negocio espléndido. Arrendé hace días la quinta á Pereira el *Brasileño*, á Pereira el de la Riosa, por mil doscientos duros.

El capellán se detuvo pasmado ante el hidalgo.

— Ahora véase cómo se inventan las cosas. Por acá se dijo que vuestra excelencia trató con José Casco, el José Casco de los Bravaes: hasta el domingo, al almuerzo, la señora doña Gracia...

— Sí — interrumpió el hidalgo con un ligero rubor en la faz fina —. Efectivamente, Casco vino á la Torre, y conversamos. Primeramente quiso, después no quiso. ¡Aquellas cosas de Casco! En fin, una imbecilidad. . . No quedó nada decidido. Y cuando Pereira me vino con la propuesta, yo, enteramente desligado, acepté, y con alborozo. ¡Imaginel Un aumento soberbio de renta, y á Pereira por rentero. El Padre Sueiro conoce bien á Pereira.

— Hombre entendido — observó el capellán, rascando embarazosamente la barba —. No hay duda. Es hombre de bien. Después, no habiendo dado palabra á Cas. . .

— Pereira viene á la ciudad esta semana — atajó apresuradamente Gonzalo —. El Padre Sueiro advierte al notario Guedes, y firmamos esa escritura. Son las condiciones acostumbradas. Creo que hay una reserva al respecto de la hortaliza y del puerco. En fin, el Padre Sueiro recibirá carta de Pereira.

É inmediatamente, bajando la escalera, pasando el pañuelo perfumado por el bigote, habló con el capellán sobre el famoso *Fado de los Ramires*, en que él colaboraba con Videiriña. ¡Oh, el Padre Sueiro forjaba leyendas sublimes! Pero aquella de Santa Aldonza realmente estaba ataviada con exageración. ¡Aquella santa llevada en hombros de cuatro reyes!

— Son reyes de más, Padre Sueiro.

El buen capellán protestó.

— Con perdón de vuestra excelencia. . . Perfectamente exacto. Lo cuenta el padre Guedes de Amaral en sus *Damas de la Corte del Cielo*, libro precioso, libro rarísimo, que el señor José Barrolo tiene en la librería. No especifica los reyes, pero dice cuatro. . . «A hombros de cuatro reyes, y con acompañamiento de muchos condes.» Pero nuestro José Videira declaró que no podía meter los condes por culpa de la rima.

El hidalgo reía, colgando en una percha el sombrero de paja.

— Por culpa de la rima, pobres condes. Pero el fado, lindo. Yo traigo una copia para que Graciña lo cante al piano. Y ahora á otra cosa, Padre Sueiro. ¿Qué se cuenta por ahí del gobernador civil, de ese Andrés Cavalleiro?

El capellán encogió los hombros, doblando cautelosamente su vasto pañuelo:

— Yo, como vuestra excelencia sabe, no entiendo de política. Después, tampoco frecuento

los cafés, los sitios donde se cuestiona de política. Pero parece que gusta.

En el corredor, un criado, que Gonzalo no conocía, tocó la campana del almuerzo. Gonzalo le indicó que la señora doña María de la Gracia andaba hacia el fondo del jardín.

— Entró ahora, señor don Gonzalo — dijo el sirviente —. Y manda á preguntar si vuestra excelencia desea para el almuerzo vino verde de Amarante ó de *Vidaiños*.

— Sí, de *Vidaiños*.

Después, sonriendo, añadió:

— Padre Sueiro, prevéngale á este criado nuevo que yo no tengo *Don*. Soy simplemente Gonzalo, á Dios gracias.

El capellán murmuró que en los documentos de la primera dinastía ya aparecían Ramires con *Don*. Y como Gonzalo pasara delante del portier corrido de la sala, el buen viejo se curvó con escrupulosa y reverente ceremonia, para dejar paso al hidalgo.

— Padre Sueiro, hágame el obsequio...

Mas él, con respeto:

— Después de vuestra excelencia, mi señor... Gonzalo empujó dulcemente al capellán:

— Padre Sueiro, en los documentos de la primera dinastía se estableció que los santos nunca anduviesen detrás de los pecadores.

— Vuestra excelencia manda.

Después de los años de Graciña, una tarde, hacia las tres, cuando Gonzalo se recogía con el Padre Sueiro de una visita á la Biblioteca del Palacio Episcopal, sintió en la antesala el vozerón de *Titó*, que rodaba por la sala azul en cadencia lenta. Gonzalo fué hacia el hombre inmenso que henchía uno de los sillones dorados, estirando por sobre las flores de la alfombra unas botas nuevas y relucientes.

— ¡Oh, infame! El otro día se larga sin escrúpulo después de prepararle un estupendísimo cabrito asado. ¿Y por qué? Por una orgía indecente de bacalao...

Titó no quebrantó su acostumbrada beatitud.

— Imposibilísimo. Por la tarde encontré á Juan Gouveia en el Crucero. Y hasta entonces no recordamos que eran los años de doña Casimira. Día sagrado...

Aquellas cenas de Villa-Clara, los trasnoches con guitarra, impresionaban siempre á Barrolo, que las apetecía, y desde una punta de la mesa, donde desmenuzaba cuidadosamente paquetes de tabaco, preguntó:

— ¿Quién es esa doña Casimira? Ustedes descubren en Villa-Clara unos tipos...

— Un monstruo — declaró Gonzalo —. Una matrona redonda como una pipa, con pelo ceniciento en la barba. Vive al pie del cementerio, en un cuchitril que hiede á petróleo, donde este señor y las autoridades van á jugar á la lotería